

El cupido de tu vida

1. El mail

Era lunes por la mañana y la lluvia golpeaba los cristales con un ritmo irregular, el mismo que llevaba su frecuencia cardiaca desde que abrió la bandeja de entrada. Entre facturas y notificaciones de redes sociales apareció un correo con asunto extraño: *«Soy el cupido de tu vida»*.

No reconoció el remitente, ni recordaba haber agregado a nadie con ese nombre tan hortera. Así que la curiosidad la empujó a abrirlo.

«Te observo desde hace un tiempo. No para asustarte, sino para que te veas tal como eres. Hoy te confesaré un secreto: tu tendencia a ocultar tus mierdas es peligrosa, sobre todo contigo misma».

Un escalofrío recorrió su espalda. ¿Quién podía saber algo tan íntimo de ella? No era un amigo, ni su hermana, ¿podría ser alguien del trabajo? Lo único que hizo fue leer de nuevo, esta vez más despacio. Cada palabra parecía susurrarle una verdad que evitaba mirar de frente.

El segundo correo llegó esa misma tarde. Su remitente hablaba de errores pasados, de decisiones que había tomado por miedo y no por deseo. Pero no había juicio en aquellas palabras, solo una observación fría que le resultaba incómoda, casi violenta, pero algo dentro de ella sentía curiosidad. Quería saber más, aunque le doliera.

«¿Recuerdas aquella vez que dejaste de luchar por un proyecto porque temías fallar? No fue cobardía, fue negación. Pero ahora te toca enfrentarlo. No con los demás, contigo misma».

Se quedó mirando la pantalla, sin saber si reír, llorar o borrar el correo de inmediato. La idea de un "cupido" que no disparaba flechas hacia otras personas, sino hacia su propio corazón, le resultaba absurda y aterradora a la vez.

Y sin embargo, cuando cerró el portátil, sintió un extraño alivio. Como si alguien hubiera encendido una luz en un cuarto oscuro que ella misma había evitado mirar.

Esa noche, mientras la ciudad se mojaba bajo la lluvia, comprendió que había comenzado un juego peligroso. No sabía quién era su enemigo invisible, ni cuál sería el siguiente mensaje. Solo sabía que había abierto la puerta y que, de alguna manera, necesitaba leer lo que viniera.

2. La segunda flecha

El martes por la mañana ya casi había olvidado aquellos emails. Con la música a tope y los auriculares puestos, aprovechó para limpiar la cocina, y se permitió crearse unas buenas coreografías, al tiempo que se montaba sus películas en las que ella podía ser esa que siempre ocultaba en realidad.

El teléfono vibró con un nuevo correo, como si un ritual silencioso la conectara con ese remitente invisible. Esta vez, el asunto era más directo: *«Hoy te enfrentarás a ti misma»*.

Al abrirlo, un nudo se formó en su estómago. No había presentación, ni cortesía: solo frases que la cortaron.

«¿Recuerdas cuándo días atrás mentiste para evitar un conflicto? No era pereza, era miedo. Y ese miedo te ha acompañado más tiempo del que imaginas. Hoy te toca enfrentarlo. Conócelo, obsérvalo, no lo escondas más».

Sintió que el mundo se tambaleaba a su alrededor.

Cada palabra parecía una flecha lanzada directamente a su conciencia. Cerró los ojos y recordó la situación: su corazón latiendo con prisa, la garganta seca, el temblor de sus manos mientras elegía la mentira más conveniente. Y ahora alguien, alguien que ni siquiera conocía, se lo señalaba sin rodeos.

El correo continuaba:

«No es necesario que me respondas. No busco tu aprobación. Solo quiero que observes quién eres cuando nadie te mira. Porque esa persona que evitas aceptar... es con quien tienes que reconciliarte».

Se apoyó contra el respaldo de la silla, respirando hondo, intentando recuperar el control. La lluvia seguía cayendo afuera, como si el cielo también entendiera el peso de esas palabras. Lo más inquietante no era lo que ese “cupido” supiera. Era que ella no podía dejar de leer, de absorber cada verdad incómoda que la hacía mirar dentro de sí misma. Por un instante, deseó que fuera una broma, un error, un spam malicioso. Pero no lo era. Sabía, en lo más profundo, que cada mensaje era un espejo que reflejaba una versión de ella misma que había preferido ignorar.

Al apagar la música, el silencio del apartamento la abrazó. Y en ese silencio, entendió que el juego había cambiado: ya no era curiosidad lo que la movía, sino algo más profundo, más doloroso, pero también liberador. Comenzaba a sentir que este remitente misterioso no solo la señalaba, sino que, de algún modo extraño, la estaba obligando a encontrarse consigo misma.

3. Los secretos que duelen

El miércoles amaneció gris y silencioso. Ella intentaba concentrarse en su trabajo, pero una sombra invisible la seguía: la expectativa de un nuevo correo. Cuando llegó, el asunto la hizo estremecer: *«Hoy conocerás la verdad que evitas»*.

Abrió el mensaje con manos temblorosas. No había saludos, ni frases de cortesía. Solo palabras que la miraban de frente, con precisión quirúrgica:

«Tu perfección aparente es un escudo. Lo sabes. Pero detrás de él hay frustraciones que te niegas a aceptar. Ese enfado que reprimes con tus padres, tu miedo a decepcionarte a ti misma, tus lágrimas solitarias... Todo está ahí, esperándote».

Sintió un golpe en el pecho. Cada frase parecía destapar recuerdos que había enterrado: la noche en que no habló, el día que fingió que todo estaba bien, los pequeños gestos de autoengaño que la habían acompañado durante años.

El correo continuaba:

«No puedes huir de ti misma. No con excusas, no con distracciones. La persona que eres necesita tu mirada honesta. Y duele, lo sé. Pero también te libera».

Se dejó caer sobre el sofá, abrazándose a sí misma. Las palabras no solo señalaban su pasado, sino que la empujaban hacia su presente: todo lo que había evitado sentir, todo lo que había ignorado en su interior, estaba allí, palabra a palabra, imposible de ignorar.

Por un momento pensó en responder, en gritarle al remitente, en exigir explicaciones. Pero no tenía sentido. No era él quien la enfrentaba, sino ella misma, proyectada en alguien que sabía exactamente qué tocar para que doliera y, al mismo tiempo, iluminara.

El silencio de la habitación era denso, casi tangible, pero dentro de ese peso había una claridad nueva. Comprendió que no se trataba de culpabilidad, ni de juicio. Se trataba de aceptación: aceptar que era humana, que cometía errores, que temía y que amaba, todo al mismo tiempo.

Por primera vez en años, sintió una especie de alivio doloroso. Doloroso porque era inevitable enfrentar esas verdades, liberador porque, por fin, alguien —o algo— la estaba obligando a mirarse de verdad.

4. El espejo del presente

El jueves por la mañana, mientras el café humeaba entre sus manos, el correo llegó antes de que pudiera terminar de abrir la ventana. El asunto era breve, casi un desafío: *«Hoy decides quién quieres ser».*

Abrió el mensaje y la lectura le atravesó el estómago.

«Has evitado decir lo que sientes por miedo a herir, por miedo a perder. Tus palabras calladas han dejado cicatrices silenciosas en quienes te rodean, y en ti misma. Hoy te toca mirarlo de frente».

Sintió un nudo crecer en el cuello. Cada frase era como un pequeño espejo que le devolvía imágenes que no quería enfrentar: el gesto esquivo con su mejor amiga, la distancia con su madre, las promesas que no cumplió consigo misma. Todo parecía minúsculo y, al mismo tiempo, enorme.

El correo continuaba:

«No es momento de culpas. Es momento de decisiones. Porque la vida que quieres no se construye escondiéndote. Decide hoy, aunque duela. Decide con honestidad, aunque te dé miedo».

Se dejó caer contra la pared de la cocina con el café intacto entre sus manos. La lluvia seguía cayendo fuera, como un telón gris que acompañaba cada pensamiento. Podía sentir cómo la presión de sus propias evasiones, sus miedos y sus dudas se concentraba en unas pocas líneas de texto. Era incómodo, casi insoportable, pero inevitable.

Por un instante, pensó en ignorarlo, en borrar el mensaje y seguir con su rutina. Pero algo en su interior sabía que eso no funcionaría. El remitente no era un enemigo; era un espejo invisible que reflejaba todo lo que había decidido no mirar. Y ahora la urgencia no era solo comprender, sino actuar.

Se levantó del suelo y, por primera vez, se permitió pensar en posibilidades: decir lo que sentía, pedir perdón, aceptar lo que había dejado pasar. Cada pensamiento era un riesgo, un salto al vacío. Y, sin embargo, por primera vez, podía sentir que elegir era también una forma de liberarse.

El juego estaba alcanzando su punto crítico. El próximo mensaje no solo podría revelar algo sobre sí misma, sino empujarla a un acto irreversible: enfrentarse con valentía a su presente y decidir quién quería ser de verdad.

5. El día en que brilló el sol

El viernes amaneció con un cielo despejado, y los rayos del sol entraban sin pedir permiso por la ventana. El contraste con la lluvia de días anteriores le produjo un cosquilleo extraño en el pecho. Sabía que hoy llegaría otro mensaje, pero no imaginaba que sería el último.

El correo apareció con un asunto breve, casi poético: *«Hoy te verás completa».*

Al abrirlo, sintió una calma inesperada, una especie de preparación silenciosa para lo que venía:

«Has recorrido un camino que nadie más podía recorrer por ti. Has visto tus errores, tus miedos, tus silencios. Has llorado, dudado y caído. Y aun

así, estás aquí. Hoy no hay excusas ni evasiones: te toca mirarte y aceptar todo lo que eres. Y amarte».

Por un instante cerró los ojos. Sintió cómo un calor suave le inundaba el pecho, y cómo una sonrisa, tímida pero real, se dibujaba en su rostro. Cada palabra había sido un golpe y un abrazo a la vez, un desafío y un regalo.

El correo continuaba:

«Mi trabajo ha terminado. Ya no necesitas a nadie más que a ti misma para ser tu propio cupido. No busques aprobación ni permiso. Cada decisión que tomes desde hoy será un acto de amor propio. Mírate, acéptate, brilla».

Abrió la ventana y dejó que el sol acariciara su piel. Respiró profundo, por primera vez sin miedo ni urgencia, y sintió que el aire, cálido y brillante, arrastraba consigo los días grises, las dudas y los secretos ocultos.

Por un instante, pensó en quién había estado detrás de los correos. Pero ya no importaba. No necesitaba descubrirlo. Todo lo que había recibido estaba dentro de ella desde siempre; solo que ahora algo, o alguien, había tenido la paciencia de obligarla a verlo.

Se levantó del sofá, estiró los brazos y sonrió al reflejo en el espejo. Hoy no era solo un día más. Hoy era el día en que se encontraba consigo misma, completa y libre. El enemigo invisible había desaparecido. Solo quedaba ella, y el sol brillando sobre su piel.

Y, por primera vez en mucho tiempo, supo que estaba exactamente donde debía estar.

©2025. Cristina Gram - Todos los derechos reservados.